

# El hijo de Bárbara

*La influencia de Juan Gualberto Gómez  
en la trayectoria del político  
y periodista Lino D'ou*

Miguel Cabrera Peña  
Profesor y Periodista

Si se publicara un libro con las mejores cincuenta páginas de la prosa de Nicolás Guillén, habría que poner allí, por su peso y su arte, las que dedicó a Lino D'ou y Ayllon. La historiografía cubana no profundiza en este hijo de negra y español que nace en 1871, cuando ya los mambises han decretado la abolición de la esclavitud. Su padre, miembro de la fuerza de voluntarios del colonialismo y comerciante, le propició al joven una formación cultural que éste ensancharía a lo largo de su vida. Según nuestra noticia, no existe biografía de D'ou y ni siquiera Internet dispone de un grupo de datos para tener en cuenta<sup>1</sup>.

Pero, ¿quién fue en realidad este mulato que por sus respuestas rápidas, sarcásticas, risueñas, frecuentaría las caricaturas de *La Política Cómica*, a cargo del popular Ricardo de la Torriente, que llegó a publicar la friolera de 110,000 ejemplares en los albores de la República? Al poeta de *West*

*Indies Ltd.* le preocupó que a D'ou se le encasillara en sus humoradas. Pero es en el sendero de la política donde el artista camagüeyano no lo percibe “enterizo”, y pronto le adiciona un “perfil contradictorio”<sup>2</sup>.

Ganador de un asiento en la Cámara en 1908, D'ou fue “electoralmente un conservador” con postura de liberal. Cada vez que la trascendencia de un tema lo solicitó, entregó su opinión a través de la prensa. En una república que nacía pletórica de complejidades, los políticos se equivocaban tanto como acertaban, y en el caso de D'ou el éxito o el error adquirirían muchas veces la resonancia de la polémica, campo donde a menudo se desarrollaba la política de la época.

Aunque luego de su graduación como Bachiller en Ciencias y Letras no concluyó el santiaguero los estudios de abogacía en la Universidad de La Habana, tomó afición por temas como la administración pública, rama en la que se transformará en un experto.

Además, leía francés y se le tiene como un devoto de la cultura gala. Informado tanto de la historia como de la coyuntura, el periodismo pronto le reclamó sus facultades. Escribió no sólo para la gran prensa capitalina, sino para periódicos y revistas provinciales actualmente casi desconocidos. Esta es la causa por la que, luego de dos recopilaciones de sus artículos, todavía queda mucho material extraviado en diversas hemerotecas. Su prosa atractiva y enseguida reconocible por sustituir ciertas letras (la y por i, y la g por j), resulta una lectura absolutamente recomendable. Pero éste, en efecto, no era su único atractivo. De acuerdo con Guillén, José Luciano Franco y otros, D'ou fue, sobre todo, un maestro de la conversación incisiva, jovial, criolla.

Un grupo de amigos se hizo asiduo a la charla que, como Franco escribe, vibró incluso en temas como la poesía postmodernista de intelectuales negros como Regino Boti y Manuel Poveda, que llenaron una época de la lírica nacional. Se recuerda como caso curioso que halagó esta nueva inspiración, lado opuesto al de su mentor Juan Gualberto Gómez, cuyos criterios poéticos, según éste manifestó en una ocasión, no habían rebasado el romanticismo de Hugo y Lamartine en Francia y de Martínez de la Rosa y Núñez de Arce en la madre patria. Ese día, acabada la conferencia de un todavía desconocido Poveda, describió D'ou con soltura el cuadro de la actualidad cultural que se discutía en París<sup>3</sup>.

Aunque santiaguero y ex representante por Oriente a la Cámara, la sombra del autor del "autéctono subrogado" no está ni mucho menos divorciada del espacio habanero. Con evidente nostalgia el destacado historiador Luciano Franco —entonces con 80 años—, rememoraba el frecuente recorrido que iba desde la participación de D'ou en

una tertulia literaria en la calle San Lázaro a la barra del hotel Ambos Mundos, propicia para enzarzarse en polémicas de carácter histórico. De ahí pasaba a Obispo y San Ignacio, en torno al famoso editor de Rambla y Bouza. En esta dirección, cita de congresistas y catedráticos, D'ou hacía derroche de sus conocimientos. El recorrido terminaba —continúa Franco— en la librería Wilson, y después de los años 30, en la librería Belga, situada en O'Reilly, donde adquiría la última revista o libro proveniente de París.

Eduardo Robreño pone hora a la cita en la editorial Rambla y Bouza, y cuenta que sobre las cinco de la tarde cruzaba la esquina con paso rápido y menudo, con su inseparable veguero en la boca y su paraguas colgado del brazo, Juan Gualberto Gómez, que andaba a pie a pesar de haber fundado la República.

### *La influencia de Juan Gualberto*

Por los alrededores de 1891 debieron conocerse el futuro representante —ahora con 20 años y recién recibido de Bachiller— y un Juan Gualberto Gómez ya con 36 y curtido en las lides políticas. Para entonces éste había testimoniado la insurgente historia francesa de finales de siglo, trabajado como periodista de la abolición en Madrid, fundado en 1879 el periódico *La Fraternidad* y conspirado en Cuba, a todo peligro, contra España. También era historia la deportación y la cárcel política. Cuenta, en fin, con sólido prestigio como separatista y defensor de los derechos de los negros. Cuando en 1892 instaló Martí en Nueva York el Partido Revolucionario Cubano, Juan Gualberto ocuparía el cargo de mayor relevancia en la preparación del nuevo levantamiento.

Fueron dos los líderes negros que en el terreno de las ideas políticas y raciales tuvo delante Lino D'ou: Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado. D'ou decidió seguir al primero, independentista que se había convertiría en uno de los hombres de confianza de José Martí. Admirador de por vida de Juan Gualberto, fue éste quien inició a D'ou en la lucha clandestina contra el colonialismo.

A quien conoce D'ou en 1891 es nada menos que al autor del artículo *¿Por qué somos separatistas?*, con lo que Juan Gualberto se convierte en el único cubano, según el general Calixto García, con valor suficiente para sostener sus ideas en la prensa nacional. La osadía le costó ocho meses de cárcel, pero logró que se pudiera hablar en la Isla sobre emancipación, aunque sin tocar la vía violenta. Por supuesto que se defendió contra enemigos que lo tildaron de “revolucionario sistemático” y “demoledor de oficio”. Probablemente el primer encuentro de D'ou con el periodismo tuvo lugar en el célebre diario *La Fraternidad*, el cual reanudó “el amigo de Martí”, como se le conocía, al regresar del exilio.

En Guantánamo, en 1895, se incorporó el “hijo de Bárbara”—así se decía para resaltar su origen africano- a las filas rebeldes, en las que llegó a Teniente Coronel. Se asegura que fue el ayudante que más quiso el general José Maceo, quien lo llamaba “cuatro ojos” por sus inseparables espejuelos. Confidente del hermano de Antonio, D'ou dejó pruebas, entre otros muchos pasajes de la lucha, de los prejuicios raciales en el seno de las fuerzas rebeldes. De haber seguido a Morúa Delgado, su vida hubiera tomado otro cauce y quizá no se le recordara hoy. A la figura del talentoso Morúa le falta todavía el estudio que excave aciertos y ambivalencias sobre las relaciones raciales en Cuba.

## Una digresión

También en 1892, un año trascendental en la historia cubana, estableció Gómez el Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color, que contó con más de 600,000 miembros<sup>4</sup>. La organización se erigió en un instrumento primordial en la lucha por las reivindicaciones de la raza. En una época apenas revelada por los estudiosos, se produjo un “fenómeno notable” en cuanto a “la lucha por los derechos civiles”<sup>5</sup>. La historiadora Rebecca J. Scott se refiere a la última parte del siglo XIX, en la cual jugó un rol imprescindible el Directorio que encabezó Juan Gualberto. Claro que buena parte de las concesiones de España fueron más nominales que efectivas.

En un análisis reciente se califica de “solución individualista” la que propuso Gómez en cuanto al negro cubano, pues fue partidario, como dice el texto, de “salvar a Cuba por la educación”<sup>6</sup>. Se justifica este criterio mencionando un detalle: su apoyo a la Sociedad de Estudios Científicos y Literarios. Si es verdad que en la trayectoria del matancero se nota un cambio entre el XIX y el XX, cuando su trabajo racial organizativo desaparece, no sólo quedaba el legado histórico del Directorio, sino acciones y formulaciones del propio Juan Gualberto que van más allá de una “solución individualista”.

Gómez y su Directorio provocaron las resoluciones de 1893 que admitieron a los niños negros en las escuelas públicas y a partir de lo cual unas 700 aulas se abrieron para ellos, lo que, bien mirado, está lejos de ser una “solución individualista”. Difícilmente, por otra parte, podría negarse que la preexistencia del Directorio facilitó la creación del Partido Independiente de Color, a cuyos primeros núcleos se les llamó precisamente Directorios. Tampoco debe olvidarse que la

guerra implicaba la participación política (no faltó quien intentara obstaculizar el voto, como Enrique José Varona) de quienes habían sido mayoría en ella, legado que absorbieron los Independientes, muchos de los cuales eran veteranos de las contiendas emancipadoras.

Identificar a Juan Gualberto con una “solución individualista” en el campo de la educación —recortado incluso este tratamiento a determinado período republicano— quizá podría invitar a una difícil analogía con el célebre Booker T. Washington, salvando contextos muy diferentes. El más áspero contradictor de Washington, el sabio W. E. B. Du Bois, terminó por admitir, ya al final de su larga carrera y exiliado en Ghana, la trascendencia de su obra. Es cierto que Gómez entendió la instrucción como un asunto fundamental para el ascenso social del negro, pero hay que tener en cuenta que la educación es un instrumento de cambio político y de poder, si se piensa, sobre todo, en condiciones democráticas.

No dudo en absoluto que si la tarea de Washington de alcanzar una cifra cada vez mayor de negros instruidos ayudó en la lucha posterior por los derechos civiles, asimismo la labor en este sentido del Directorio constituyó un puntal en la organización y la clara resistencia de los Independientes de Color.

Al igual que su discípulo Lino D’ou, Juan Gualberto bregó por la igualdad con todas las armas que tuvo a su alcance, que fue la carencia de Washington. Y tal batalla quedó en el imaginario popular. Aunque se dedicara a la política contingente en el siglo XX, la figura del “amigo de Martí” evocaba en las mayorías ideas como antirracismo y derecho del negro. Para una prueba de la veracidad de esto último, más de una publicación —sin excluir a la prominente página

*Ideales de una Raza*— reeditó artículos de la época más combativa de Juan Gualberto. Fue un caso sui generis. El antirracismo de Gómez no perdió actualidad —en las masas negras y también en muchos blancos— porque no fue olvidado. España no pudo nunca expresar sobre Juan Gualberto lo que de acuerdo con Du Bois pensó el sur racista de Estados Unidos con respecto a la educación industrial de Washington: “if that is all you and your race ask, take it”<sup>7</sup>.

En ejemplar conciencia de que la instrucción no acababa la subordinación del negro, el líder político matancero escribió sobre la contradicción implícita entre pedir al negro que se instruyera, que se cultivara, que fuera al instituto y a la universidad, para que después siguiera “viviendo en el bohío inmundo, en el cuarto del solar, en el latifundio”. Y completaba Juan Gualberto que si los negros se unen para mejorar su situación los blancos sospechan y temen que en el negro “viva el espíritu de raza”<sup>8</sup>.

Decir entonces que Gómez “opinaba, desde el siglo XIX que si el negro se autosuperaba intelectualmente estaba en condiciones de demostrarle al blanco que poseía su misma cultura y se le abriría el camino de ascenso en la escala social”<sup>9</sup>, no es, sencillamente, exacto. De aquí que resulte imposible una analogía total con Booker T. Washington.

Por cierto que Martí calculó la trascendencia de la creación del Directorio en su artículo *Armonía social*, en el que habla de la enérgica y resuelta campaña en pro de los derechos sociales de la raza, y apoyaba a quienes aspiraban a que se les concediera lo que en justicia les pertenecía. Y urgía Martí al “reconocimiento de la personalidad vejada de los hombres de color”, y estimulaba a bregar por “el acceso a sitios y establecimientos públicos”. El político y poeta identifica las

diferencias raciales con un sedimento de barbarie que estorba el progreso y hace peligrar la paz<sup>10</sup>.

### *Anécdota con José Maceo y respuesta a Marinello*

Uno de los primeros pasos de D'ou bajo la influencia de Juan Gualberto fue integrarse al Directorio Central desde el Casino Cubano, formado únicamente por mulatos oriundos de Santiago. Semejante deslinde por el matiz de la piel constituyó un fenómeno de interés y mostró la coraza y complejidad de los prejuicios. No alcanzó a abrir en Cuba la ancha herida que en Haití, lo que no debe ocultar que muchos mulatos hicieron siempre —y hacen— esfuerzos heroicos para pasar por blancos. El intelectual no tardaría en darse cuenta de la división que significaban estas entidades en la lucha por los derechos de toda la raza.

Precisamente por pelear bajo las órdenes del general José Maceo, no sufrió D'ou —que sepamos— la discriminación de sus compatriotas en la guerra, pero fue precisamente éste General quien le abrió los ojos al respecto. Cuenta el hijo de Bárbara que él y Lico Bergues, “el mulato más inteligente y culto que produjo Oriente en los 20 años anteriores a 1895”, solicitaron al hermano de Antonio Maceo que admitiera en su tropa como otro de sus ayudantes a José Wenceslao de las Cuevas, de elevada instrucción. La respuesta fue la siguiente: “¡Qué bien se ve que ustedes no conocen la guerra ni la vida!... Yo conozco el valor de Cuevas, pero aquí a mi lado, de color, yo no quiero más que los que están. Hay que conocer la guerra por dentro”<sup>11</sup>.

La respuesta fue toda una revelación, pues hasta entonces no se había fijado D'ou que entre los ayudantes de José había once

blancos y sólo tres mulatos, “que parecían blancos”<sup>12</sup>. Tal asimetría se produce en un ejército constituido mayoritariamente por negros, criterio en el que coinciden autores de las más diversas tendencias y sobre lo cual existen testimonios como el de Salvador Cisneros Betancourt, ex presidente de la República en Armas<sup>13</sup>. Al mantener esa correlación, José creía protegerse de insidias racistas de las que había sido y sería víctima. Los agresores estaban tanto entre la cúpula civil como en la oficialidad de la rebeldía, y empujaron al gran combatiente a renunciar a su cargo militar. La experiencia del general José constituyó una pauta que D'ou sabría aprovechar.

Con su sensibilidad para estos temas, desplegados tanto en prosa como en verso, Guillén asegura que con un poco de abnegación y algunos desaires, hubiera podido Lino D'ou pasar por blanco, de esos que el poeta llama un “blanco obstinado”. Pero no desdibujó el ex mambí la realidad de su raza y no le interesaron los frutos que por ingresar en la piel de la hegemonía se cosechaban.

Uno de sus mejores artículos podría servir para ilustrar cómo asimiló D'ou su identidad racial y cultural. En texto escrito para *Ideales de una Raza*, del *Diario de la Marina*, responde a una pregunta de Juan Marinello, en quien todavía no cuaja el excelente prologuista de Martí y los negros. D'ou prosigue: “Creo firmemente que el problema está mal planteado por Marinello”, y seguidamente: “no se trata de la persistencia del negro, sino del prejuicio”. Y dejaba “amablemente” a la acción de la naturaleza la fusión racial, o sea, lo que algunos entendían como “la fusión obligatoria en el torrente blanco”<sup>14</sup>.

Si al negro le interesaba o no la permanencia de sus valores fue lo que preguntó el poeta de *Liberación*, que estaba próximo a convertirse en el lamentable ensayista de

Martí y Lenin. Sin embargo, con el tiempo Marinello firmaría, encima de una de las prosas más seductoras de la lengua, un manojito de ensayos imprescindibles sobre Martí. Pero D'ou, además de reiterar que estaba contento, satisfecho y hasta orgulloso de ser negro, subraya: "La fusión intensiva, la educación, la idea de la justicia y de la equidad borrarán no nuestra inferioridad, sino el prejuicio". Y añade que la inferioridad del negro no es "de raza sino de clase"<sup>15</sup>.

Seguidamente confiesa algo a lo que entonces pocos se atrevían y atreven:

"De todas mis aspiraciones, yo tenía por más grande, así como de mis sentimientos, la grandeza y libertad de mi patria, pero le confieso que aun sobre ella, por sobre todos mis amores ha estado siempre mi devoción a la negra Bárbara. ¿No tendría que desconocerla y aun negarla para fundirme en el torrente blanco? Eso nunca. Siempre, siempre, Hijo de Bárbara".

Y así tituló su respuesta a Marinello. Acaso recordaba entonces el ex congresista la frase en que Martí habla, en elogioso texto sobre el activista negro Rafael Serra, de "los viles que le niegan a la madre el vientre"<sup>16</sup>. Lo primero que hay que hacer para blanquearse es ocultar a los familiares más cercanos.

### *Otros ámbitos de su lucha*

Tan temprano como en 1902, ya los Veteranos de Color levantaban la voz para protestar contra la desigual distribución de los puestos en distintas zonas del quehacer gubernamental, y en particular en las fuerzas armadas, terreno donde influía el racismo de un grupo de civiles, pero sobre todo de militares norteamericanos que habían intervenido en la contienda contra España. Más que probado su amor por Cuba al constituir la fuerza mayoritaria en la guerra, era

lógico que los negros rechazaran ser ciudadanos de segunda en la república a la que habían contribuido como el que más.

Pero uno de los dilemas que se planteaba residía en que los negros eran de segunda frente a todo blanco, hubieran peleado a favor o en contra de la independencia. Con respecto a la discriminación laboral, D'ou tomó el toro por las astas que muchos rehuían. Según el político santiaguero, muchos blancos oficinistas eran totalmente incompetentes, mientras negros capaces estaban sin trabajo. Era necesario —precisaba— que el gobierno designara a más cubanos negros y no sobre la base de la afiliación política<sup>17</sup>.

Una breve incidental para indicar que no se muestra totalmente coherente la propuesta que vincula al pequeño burgués Club Atenas y las ideas que para el avance del negro postulaba D'ou. No cohesionan, entre otros aspectos, porque hay un dinamismo evidente en las formulaciones del santiaguero. Si efectivamente ya en las postrimerías de su vida abrió los ojos al socialismo en Rusia, difícilmente puede establecerse, sin anchos márgenes de error, cualquier tipo de concepto que, por detenerse en 1918, no reflejará ese dinamismo. D'ou vivirá hasta 1939. Acá ya hemos visto cómo coincide con Marinello en cuanto a que el problema es de clase, con lo que se aboca a la parcialización que perpetrarían en general los marxistas, que carecen en este tema de la guía de su jefe teórico. Marx, por si fuera poco, esgrimió más de un perjuicio.

Autores sobre la masacre en 1912 contra el Partido Independiente de Color, recuerdan el proyecto de D'ou en la Cámara y el de Morúa Delgado, quien al cabo fue el autor de la ilegalización del Partido. Para el hijo de Bárbara existían otros tipos de asociaciones integradas exclusivamente por ciudadanos de un solo color de piel, por lo cual

proponía no combatir sino ampliar la propuesta de Morúa, que se restringía a los partidos políticos.

Según la expectativa del ex mambi: “No tendrá vida legal en Cuba ningún partido, asociación o institución política, de enseñanza religiosa, social o de recreo, en que no quepan en igualdad de circunstancias todos los cubanos, cualquiera que sea la raza a que pertenezcan”. De cumplirse, esta fórmula hubiera acabado con importantes fuentes de discriminación, que eran desde luego prácticas diarias. Ninguno de los autores que tocan el tema explica por qué no asistió a la Cámara Lino D’ou cuando se votó su propuesta, que tuvo un solo adherente, el general de raza negra Silverio Sánchez Figueras<sup>18</sup>. Quizá desde antes de redactarla sabía que la suerte de los Independientes estaba echada.

Varios autores abordan una construcción reiterada por ciertos personajes de la historia nacional y asumida convenientemente por el discurso de la hegemonía. Se quiso asentar como verdad sin matices que el blanco fue quien liberó al negro de la esclavitud. No se solía especificar que el liberador había sido el blanco insurrecto, la generación que, luego de titubear cerca de dos años, declaró la abolición total de la esclavitud. Y esto sucedió 16 años antes de que lo hiciera Madrid.

Cuando D’ou señaló que “restituir” la libertad no “es ceder”, pensaba el problema en su sentido más certero. Podría interpretarse hoy que la frase cabría no a la generación de 1868, sino a la raza blanca como un todo. A propósito, los interventores norteamericanos consideraban que D’ou odiaba a los blancos y “particularmente a los americanos”<sup>19</sup>.

Más de un comentarista ha sugerido que por la admiración que le rindió, no se atre-

vió D’ou a contrariar las posturas de Juan Gualberto. Falso. En un artículo de 1907 en el diario conservador *La Discusión*, el santiaguero argumentaba a Gómez, al congresista Campos Marquetti y al periodista –también negro– Lorenzo Despradel, que el programa del Directorio (las células de donde al cabo saldría el Partido Independiente de Color) no difería en sustancia ni en la forma del Directorio Central de Sociedades de Color de Cuba, organizado casi dos décadas antes por el propio Gómez<sup>20</sup>.

Obviamente, D’ou se refiere a la etapa en que los líderes de los futuros Independientes de Color asumieron la resistencia pacífica como estrategia para lograr constituirse en partido político. Como parte de una dilatada polémica periodística con Despradel, dominicano que luchó por la independencia, afirmó D’ou que los líderes del Partido Liberal no habían ayudado a los negros en el pasado y no lo harían en el futuro.

En lo que acaso podría ser otra sorpresa para quienes han sugerido a D’ou en reverencia boquiabierta ante Juan Gualberto, aquél instó a éste y a Marquetti para que pusieran de lado la política de partidos y se unieran a sus hermanos de raza en su lucha por la justicia<sup>21</sup>. Conste que si Gómez ciertamente no estuvo de acuerdo con un partido político racial y criticó públicamente el procedimiento violento de los Independientes, y además los exhortó a regresar a la legalidad, no se pronunció contra las demandas de éstos, a todas luces justas.

La política partidista acaparó prácticamente todo el tiempo en la vida republicana de Gómez, lo que no fue obstáculo para que se preocupara por remediar injusticias contra los muchos negros que le escribían, conocedores de su influencia. Llama la atención

que en otro estudio sobre el líder de Ibarra, se asegure que Enrique José Varona, a la derecha de Gómez durante el siglo XIX y gran parte del XX, se trasladara a la izquierda del amigo de Martí hacia la última década de la biografía de ambos<sup>22</sup>. Conste que este cambio del filósofo responde a ciertas posiciones políticas y no a una superación de su conservadurismo hacia el dilema racial isleño.

### *Retazos del prócer*

Es sabiduría común que el poder siempre hizo suya la belleza física, transformando en fea la alteridad, otro medio de dominación. Es también una de las concreciones de la proyección del miedo al otro del que escribiera Edward Said. Tal miedo frecuentemente se suele parapetar tras la descripción aparentemente objetiva y científica del discurso. Ser construido como de la raza fea constituye una humillación y una oscura opresión psicológica. Contradictoriamente, la hegemonía —masculina desde luego—, buscará invariablemente limpiarse de obstáculos el camino hacia las mujeres de la raza supuestamente fea. Otro problema es que la fealdad como construcción histórica impide al subordinado el acceso a una gama considerable de puestos de trabajo.

Por muchos lustros, por ejemplo, mujeres negras no tuvieron acceso como vendedoras en las tiendas de La Habana. Hoy también escasean —negros y negras— en los medios televisivos, en el cine nacional, en sitios de presencia pública en el turismo y, desde luego, en los puestos donde los dividendos son mayores en esta actividad. Algunos expertos, sospechosamente cercanos al régimen de La Habana, sostienen que se ha avanzado, pero estoy convencido que no lo suficiente para que el logro se acerque siquie-

ra a lo definitivo en un asunto que, como el prejuicio en general, ostenta un alto potencial regresivo. Fernando Ortiz, Alberto Arredondo, René Betancourt, Alejandro de la Fuente entraron en el prejuicio estético, pero tal vez falta la pesquisa, específicamente cubana, que trate de emular la profundidad del Frantz Fanon de *Piel negra, máscaras blancas*. En esta ambición, *Masking Hispanic Racism: A Cuba Case Study*, de Miguel de la Torre, marca un hito.

En clásico del periodismo nacional, Lino D'ou describe a uno de los jefes mambises más descollantes: Guillermon Moncada. “El general Moncada era un negro gigantesco, bello ejemplar de la raza etiópica, probable descendiente de la tierra de los fula, de quienes han dicho los viajeros —según la expresión de Golberry— que ‘los cuerpos de los negros fulas, recuerdan los perfiles de la estatuaria griega’”<sup>23</sup>.

Apenas amerita análisis la resistencia que aquí se evidencia desde la raza estéticamente subalterna. La reminiscencia sobre la estatuaria griega no busca más que colocar la estética física del negro al nivel del máximo canon, y ello dicho por un intelectual también de Occidente. El pasaje del libro de Golberry respalda lo descrito con la autoridad de la institución. Sin duda que sabía D'ou lo que se traía entre manos.

La descripción significa un elogio a la belleza no ya de la negra, sino del negro, aún más denigrado en este aspecto. Téngase presente que el paradigma del negro como ente feo se construyó —también— para alejarlo de las mujeres blancas. No sobra apuntar que este modelo se forjó en la hegemonía y el poder, pero también en prácticamente todos los estratos sociales, incluso entre los negros, afectados psicológicamente en su identidad.

No por gusto Fanon, en el libro citado, inscribe un punto del discurso paralelo con



la discriminación estética. Habla este discurso del pene que eclipsa a la persona en el negro, dueño de una sexualidad propia de la jungla. Tal pene se quería alejado de la vagina de la civilización. Otra vez el miedo, un miedo contradictoriamente voraz, como la conciencia epistemológica que critica Jean Paul Sartre.

Desde su eminencia política, Martí fue quien más golpeó a la hegemonía en este sentido, pero no teorizando sobre el tema ni acarreándolo a los confines más modernos de Fanon, sino enseñando una belleza “otra”, haciéndola visible en sus cuadros, sus pinturas de palabras. No sé de documento literario cubano que esté aquí a la altura de sus *Diarios*. Es el mismo camino que anda Lino D’ou.

Como frecuentemente ocurre, la actividad pública interfiere la difusión de la vida íntima. No sucede otra cosa con el santiaguero. D’ou tuvo un hijo con su esposa, Francisca Arce. Cuando en 1900 todavía la República reclama su nacimiento, Pancha, como la llama el esposo, asistió a un curso de la Escuela de Verano de Harvard, poco antes de que se le nombrara maestra en la ciudad de Guantánamo. A la bella mulata se le otorgaría el Diploma de Maestra Fundadora de la Escuela Pública Cubana.

Aunque méritos le sobaban para integrar el femenino Lyceum Tennis Club, tuvo que esperar que la sensatez venciera a los prejuicios raciales de la directiva de una entidad que —no se debe soslayar— marcó huella positiva en la sociedad cubana. Al igual que D’ou en las postrimerías de su vida, Pancha simpatizó con las ideas socialistas, algo en lo que, en efecto, volvió el santiaguero a disentir con Juan Gualberto.

Aquí al historiador Sergio Aguirre no le quedó otro remedio que admitir como sincero el repudio de Gómez a lo que éste llamó

“el pavoroso bolchevismo”. En coletilla para guardar sus espaldas, el autor —viejo militante comunista que escribe alrededor de 1990— califica de “repugnante” esta actitud de su biografiado<sup>24</sup>. En otra área de la política nacional, el intervencionismo norteamericano, sí coincidieron centímetro a centímetro ambos líderes negros.

### *Abakuá, masón, universal*

Por lo que llamó sus “atrocidades”, no fue la iglesia católica bien tratada por el ex congresista. En el mismo año en que murió, cuando al decir de Guillén su espíritu se deshizo en el viento, recordaba un juramento de los “Caballeros de Colón”, en el cual anunciaban una guerra sin cuartel contra herejes, protestantes y masones. El juramento, dicho en primera persona, aterra: “abriré el seno de sus mujeres y desmenuzaré las cabezas de sus niños contra los muros para aniquilar su execrable raza”. Esto lo combinaba D’ou con pruebas fehacientes de discriminación contra el negro cubano, y cita a una iglesia en Camaguey que prohibió “decir misa los martes, en sufragio de las almas de la gente de color”.

Como D’ou se valía de cualquier dato a su alcance, trajo el caso en que el arquitecto negro Gustavo Urrutia, el sobresaliente antirracista, exhortó a las Damas Isabelinas para que compartieron su gestión piadosa con señoras y señoritas de la raza negra. La respuesta fue que ellas —las Isabelinas— harían objeto de su piedad a negros, pero que no admitirían dentro de su recinto a ninguna persona de esta raza. Y donosamente rectificaba D’ou que las religiosas debieron decir que no admitían a personas de color negro, “porque, de hecho, hay en el grupo más de una docena de cuarteronas”.

Llega pronto la exhortación que por el tono del artículo se adivina. Llama D'ou a los negros a alejarse de la iglesia católica, y aseguraba que son “preferibles tus cantos plañideros a Olorum, a Oyá, a Ogún, y Obatalá que son tus dioses lares y donde no se discrimina a los blancos”. “Las filas sante-ras y las quimbisas están repletas de mujeres y hombres blancos”, enfatizaba.

En los primeros párrafos de la presente reseña aludimos al sentido del humor de D'ou, que se abrió campo también en el periodismo. Probablemente fue el santiague-ro quien por primera vez dio a conocer un inusual accidente en la intransigente repul-sión que de forma bilateral hicieron gala Morúa y Juan Gualberto. Cuenta D'ou que durante la revuelta política de 1906 fueron detenidos Gómez, Morúa y los generales José de Jesús Monteagudo y José Miguel Gómez. Estos últimos serían los máximos responsa-bles de la masacre de más de 3,000 Independientes y civiles negros en 1912.

En la prisión Castillo del Príncipe los colocaron en la misma galera, y son tradicio-nales –agrega D'ou– la solidaridad y coope-ración del preso: “Una mañana desempeñaba su papel de servidor del aromoso café el general Monteagudo. Juan Gualberto gustó el suyo, encendió su opulenta breva y exclamó: ¡espléndido café...! Y tras una ruidosa carcajada, la frase de Monteagudo: “¡Gracias a Dios que Juan Gualberto ha encontrado buena una cosa que ha hecho Morúa...!

En artículo frecuentemente mal enten-dido sobre los abakuá, Martí celebró que el fambá se erigiera al lado de una escuela, donde un anciano negro de la asociación aprendía las primeras letras<sup>25</sup>. Lo que aquí hizo el poeta fue trasladar a su patria, a los

bordes de su patria, la idea expresada en *Nuestra América* sobre “hermanar la vincha y la toga”, inobjetablemente una apuesta cul-tural. Así quizá avizoraba, con los ascensos lógicos, a isleños como Lino D'ou.

La vida de éste no admite dudas en torno a su cubanidad profunda. El de D'ou es caso inusitado. Consciente de su identidad híbrida, con un pie en África y otro en Europa, se zambulló en lo libresco, en el Occidente múltiple que domina su locus de enunciación y, a la vez, en el espíritu –tam-bién múltiple- de su ancestro materno. El logró confundir su ademán y su resuello y señaló así el fondo de su entraña cultural. “Fue un criollo universal, ñañigo y masón, popular y culto”, acuña Guillén.

El ex mambí compartió con un grupo en el que se encontraban Guillén, García Agüero, Roig de Leuchsenring y otros, los trabajos de la Sociedad de Estudios Afrocubanos, que tenía en 1937 su sede y su alma en la oficina del ilustre Fernando Ortiz. Y agrega Luciano Franco que hasta allí iba D'ou acompañado del encrícamo de los Bacocó, para dar una charla improvisada sobre la formación y actividades de los abakuá, a cuyas tareas dedicaba el tiempo que le dejaban libre sus compromisos con la maso-nería.

Lino D'ou y Ayllón es de esos personajes que en el proceso de invención de la nación ocupan sitio propio. Y habría también que admitir que por manifestarse sobre todo como el hijo de Bárbara, adquirió una autenticidad pocas veces conquistada.

## Notas y bibliografía

- 1- José Antonio Portuondo califica de entusiasta biógrafo a José Guadalupe Castellanos, un amigo de D'ou. De las palabras de Portuondo no queda claro si la biografía se publicó o no, aunque me inclinaría por esto último, ya que ni Guillén, ni Luciano Franco, ni autores posteriores la mencionan. Véase: Papeles del teniente coronel Lino D'ou. La Habana: Ediciones Unión, 1983, p. 238. Buena parte de los datos incluidos en el presente artículo provienen de este volumen.
- 2- Papeles. pp 226 y 235
- 3- Ibid. p. 241
- 4- Estuch, Horrego Leopodo. Juan Gualberto Gómez, un gran inconforme. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2004, p. 58. Esta edición contiene una selección de documentos inéditos sobre Juan Gualberto compilados por Oilda Hevia Lanier.
- 5- Scott, Rebecca J. La emancipación de los esclavos en Cuba. La transición al trabajo libre, 1860-1899. La Habana: Editorial Caminos, p. 339.
- 6- Cubas, Pedro Alexander. Ideales de una Raza. Gustavo Urrutia y su proyecto sociocultural en "Ideales de una Raza". Los diez primeros artículos (abril de 1928). Anales de desclasificación. La derrota del área cultural No. 2., Vol. 1, 2006, p.630.
- 7- "Si eso es todo lo que tú y tu raza piden, tómenlo". Du Bois, W.E.B. The Souls of Black Folk. Essays and Sketches. Chicago: A.C, Mc Clurg & Co., 1918, p. 45
- 8- Estuch, p. 148
- 9- Cubas. Ob. cit.
- 10- Estuch. p. 57
- 11- Franco, José Luciano. Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989, tomo III, p. 194
- 12- Ibid
- 13- Castro, Silvio Fernández. La masacre de los Independientes de Color en 1912. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2002, p. 63
- 14- Papeles, p. 130
- 15- Ibid. p. 131
- 16- Martí, José. Obras completas. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo IV, p. 379
- 17- Helg, Aline. Our Rightful share. The Afro-Cuban struggle for equality, 1886-1912. Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press, 1995, p.126
- 18- Véase Castro, Fernández, p. 66; Fermoselle, Rafael. Política y color en Cuba. La guerrita de 1912. España: Editorial Colibrí s/fecha, seg. ed. p. 120; y Helg Aline, p. 183
- 19- De la Fuente, Alejandro. Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba 1900-2000. Madrid: Editorial Colibrí, seg. ed. s/fecha, p. 64
- 20- Fermoselle, Rafael. Política, p. 105
- 21- Ibid. p. 106
- 22- Aguirre, Sergio. Un gran olvidado: Juan Gualberto Gómez. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997, p. 194
- 23- Papeles, p. 68
- 24- Aguirre. p. 88
- 25- Martí. tomo V, p. 325. El fambá denomina el cuarto secreto y sagrado del abakuá o ñañigo.